

No ignoramos que un pueblo agobiado por los problemas materiales urgentes de su subsistencia, que unas masas irritadas por la sed de justicia para tener pan que dar a sus hijos, no es el auditorio mejor dispuesto para escuchar las especulaciones teológicas y para disfrutar con la consideración y contemplación de altas verdades de orden especulativo. Sin embargo tampoco debemos ignorar, amadísimos fieles, que la verdad, el bien y la felicidad están en la misma línea y cada uno se sigue a la anterior y no pueden desviarse en esa trayectoria: no hay bien fuera de la verdad y no hay felicidad verdadera fuera del bien. Es únicamente a la luz de la verdad donde encontraremos el bien y es únicamente por el derrotero del bien por donde llegaremos a la posesión de la felicidad, a la verdadera prosperidad, a la verdadera paz, a la verdadera tranquilidad. Y la gran verdad que el mundo ignora, la gran verdad que el mundo se resiste a aceptarla, la gran verdad que el mundo debe reconocerla como base y fundamento de su vida es Jesucristo nuestro Señor. Hace veinte siglos que aquel intrépido apóstol Pedro increpaba y echaba en cara a los judíos que en vano buscaban la verdadera paz... vosotros no la podéis tener porque habéis desechado al que es por designio divino la piedra angular de la humanidad. Hoy celebramos la festividad de Cristo Rey, que es una festividad instituida por el Papa Pío XI con la intención de contribuir de esta forma a proclamar la verdad de Cristo, su divinidad y su soberanía y llamar la atención del mundo que se dejaba arrastrar por un movimiento devastador de laicismo, naturalismo y racionalismo, que a la larga o la corta se veía que iba a condenar a la humanidad y a la sociedad a un caos de confusión, de desorden, de odio y rencor.

Eran los momentos más solemnes de la vida de Cristo. Ya estaba aprehendido y era conducido a la presencia del más alto tribunal judío, a la presencia del Sanedrín, que estaba presidido por Caifás, que ya había oído hablar de Cristo, de sus prodigios, de sus maravillas, de Cristo que varias veces se había escapado a las manos de sus sicarios que iban a aprehenderle por orden suya. Ya estaba detenido. Ya parecía que podía desafiarse tranquilo. Sin embargo en aquel detenido, en aquel maniatado no pudo menos de descubrir un aire de majestad y dignidad que sobrevive y se sobrepone a su humillación externa. No pudo menos de provocarle muy profundamente y no por mera fórmula, sino por último recurso requiera que le diga si es el Hijo de Dios, el Mesías. No se oculta en él un norte de sinceridad y de lealtad y por eso le requiere en nombre de Dios vivo, fórmula de juramento a la que Jesús obedecerá. Efectivamente con sorpresa y hasta astupescencia de los presentes afirma su filiación divina. Si lo soy... y añade... En verdad en verdad os digo que veréis al hijo del hombre venir sobre las nubes a juzgar a vivos y muertos... Qué es eso? El Sumo Sacerdote y los fariseos no pueden contener un movimiento de indignación y de escándalo ante aquella blasfemia que les induce a romper sus vestiduras. "Rasgan sus vestiduras, pero... aquella afirmación tan serena, con aquel aire y acento de sinceridad y verdad que se imponía indudablemente no pudo menos de rasgar también el velo de tinieblas y pasión que les hacía no poder ver a Cristo. Aquello no pudo menos de desconcertarlos. Aquella iba a ser una afirmación recogida por la más alta institución judía, representación del pueblo judío que había esperado al Mesías que iba a gravitar sobre las conciencias de tantos seres y sobre la conciencia de todo un pueblo... La Providencia daba de esta forma satisfacción a la larga espera de un pueblo, pero la misma providencia castigaba de esta forma la ceguera y la pasión de un pueblo que a pesar de todo, no iba a reconocer a Cristo...

Más tarde lo llevan al tribunal del Procurador Romano, a la sazón Pilato. Este, extranjero, ajeno a las cuestiones internas del pueblo judío, aislado de



de la vida del pueblo judío le desconocía. Al escuchar por una parte las acusaciones de los judíos contra él que le presentaban como un agitador político que trataba de provocar la sublevación de los judíos contra el poder romano y al ver por otra parte aquella facha de Cristo, hombre de aspecto bondadoso, sereno, manso y humilde... no pudo menos de desconcertarse y no sin cierto acento de escepticismo le pregunta... Pero tú eres el rey de los Judíos... Si lo soy, le responde Cristo, pero ineficaz ante la tranquilidad diciéndole no sin menos sinceridad y verdad... Mi reino no es de este mundo... no ves que si mi reino fuera de este mundo, los míos me habrían de defender con las armas en la mano... Mi reino es reino de verdad... a esto he venido... a dar testimonio de la verdad... La verdad... Lo sorprende a Pilatos, educado en el escepticismo corriente de aquel tiempo... ¿Qué es la verdad...? le pregunta... Esta última pregunta que hace Pilatos, no es son de burla sino de inquietud nos descubre hasta qué punto debió hacer vella en su ánimo aquella afirmación de Cristo, que en boca de otro hombre en sus condiciones, era como para que se la tuviera por un loco, por un loco, por un anormal... Sin embargo, nadie le toró por tal...

Qué bien nos dice un correntista de la vida de Cristo que su nota característica es la de que El se impone... "Jámas un hombre ha encarnado al verdadero esfuerzo natural y plano, como El, sobre los cuerpos y sobre las almas. Su misma bondad inagotable, que a veces, se derrite en ternura, arrastra en nosotros la cierta e indiscutible convicción, basada en la evidencia, de lo que El es: señor absoluto; de lo que El puede: todo sin excepción. Esto lo hace tomar de la manera más sencilla, el tono de maestro y contrastarse imperiosamente en sus palabras, revelándonos lo mismo que sus acciones, de una aulx y vigorosa fortaleza, que jamás se ha conocido; Si hay algún rasgo característico en la fisonomía de Cristo, es este que El se impone: se impone a las fuerzas físicas, que pujan a su voluntad. Se impone a los acontecimientos pasados y futuros... Se impone a las conciencias..." Christus aita la lección.

Qué verdad es esta. Cristo se impone a quien le contemplo con ojos imparciales. Cristo se impone a quien se acerca a Él con el seso sincero de verdad... Se impuso a los que tuvieron la fortuna de ver sus obras portentosas... se impuso como Dios... se impuso a los que vieron y contemplaron los detalles de su pasión y muerte... como se impuso a aquel Centurión que exclamó verdaderamente este es el Hijo de Dios... se impuso entonces y sigue imponiéndose a lo largo de veinte siglos de historia, de veinte siglos de prueba, de lucha, de persecuciones no siendo excusable esa vida tan azarosa y preciosa sin que se admita la verdad de la divinidad de Cristo, en quien se realizó todo cuanto habían predicho los profetas... y de la divinidad suya manifestada por la Iglesia que sigue victoriosa... según sus promesas... Cristo, se impone, a todos los fieles... Cristo se impone como Dios... Cristo es Dios y lo podemos saber con todas las garantías que puede exigir nuestra razón... podemos ofrecer todas las garantías a nuestra razón...

Pero veamos las consecuencias que se derivan de ello... Si Cristo es Dios y la causa necesaria, la causa primera, tiene que ser única, necesariamente única, según se expresa en aquella expresión corriente de criatura o Dios, Si Cristo es Dios y si todo lo que no es Dios es criatura, esto es ser dependiente en el ser y en el obrar, dependiente con una dependencia absoluta, completa, dependencia que abarca al ser en todas las dimensiones, bajo todos los aspectos que se le considere, su soberanía, su reinado es cosa que se impone a todos de grado y de fuerza, porque nadie puede escaparse a su dominio. Cristo es Rey universal que tiene bajo su poder a todos los seres de la creación, que quieran o no tienen que obedecer a sus designios. Pero además de esta soberanía, de este reinado que por encima de nuestras voluntades se nos impone a todos, hay otra soberanía, otro reinado que requiere el concurso de nuestra voluntad, nuestra cooperación espontánea... que Dios se ha dignado hacernos libres... y este reinado que El busca, este reinado a cuya tutela nos invita nuevamente es el reinado de la verdad, de

la justicia y de la caridad de que nos habla el Prefacio de la Misa de hoy. Como le hemos escuchado cuando se dirigió a Pilatos, su reino no es de este mundo... El ha venido a dar testimonio de la verdad y sea naturalmente que aceptemos esa verdad... esa verdad contenida en el Evangelio y en la Tradición, en una palabra en la revelación, cuyo depósito conserva y transmite la Iglesia. El que es la Verdad, El que ha venido a enseñar la Verdad. El que puede ofrecernos y nos ofrece todas las garantías de esa Verdad, El puede exigirnos que aceptemos esa verdad. Aceptémosla. Sea la aceptación de la Verdad contenida en la Revelación y enseñada por la Iglesia, la aceptación de esa Verdad y de todo lo que se deriva y se desprende de esa Verdad... sea esta la conclusión práctica que desprendamos de esta plática y la expresión sincera de nuestros sentimientos de sujeción y dependencia para con El. Así sea.